

Milton Rossel

## La polémica del romanticismo



En la trayectoria cultural de Chile, el año 1842 tiene una profunda significación y se destaca como un hito luminoso en el período de la iniciación republicana. Como un complemento a la fecha gloriosa en que los patriotas expresan su voluntad de proclamarse independientes de la tutela peninsular, los acontecimientos que se suceden en el año 1842 implican en sus proyecciones la más decidida tentativa de autonomía intelectual. Ya en 1837, en la Argentina, Esteban Echeverría al publicar «La cautiva», se anticipaba a los propósitos de libertad literaria que cinco años más tarde un grupo de jóvenes chilenos había de proclamar con fervor idéntico al del poeta argentino. «La cautiva»—ha escrito José Enrique Rodó—daba el primer ejemplo de emancipación de la fantasía poética, que se encaminaba a

una originalidad inspirada en la naturaleza y en el pueblo.

Los acontecimientos de carácter intelectual que hay en Chile en 1842 son el resultado de la situación política que impuso Portales y que consolidó Bulnes y que, bajo la voluntad organizadora y progresista de don Manuel Montt, alcanzó su más firme solidez. Y si a ello sumamos el largo magisterio de don Andrés Bello y las enseñanzas que dió en su paso fugaz por el país el poeta gaditano José Joaquín de Mora, bien podemos afirmar que al finalizar la primera mitad del siglo XIX había en Chile un clima propicio a la exaltación de la vida espiritual. Así, en 1842 la inquietud intelectual que bulle en los jóvenes cultos de entonces cristaliza en hechos y actitudes promisorias de realizaciones culturales efectivas. A esa efervescencia de los espíritus no fueron extraños los emigrados argentinos, con Domingo Faustino Sarmiento a la cabeza, el cual no había dado aún expresión a las turbulencias de su espíritu creador, como que sólo en 1845 publica en Chile su «Facundo», en el que fija sus ideas frente a la situación política de su patria y exalta los principios de libertad y progreso, fundiendo en un mismo ideario el culto a la razón, propio de los enciclopedistas, y la actitud liberal del romanticismo político.

Este doble aspecto que advertimos en el «Facundo» trasunto de la idiosincrasia de su autor—lo encontramos también en los jóvenes escritores chilenos que se agitan en torno a ideales políticos imprecisos y hasta

contradictorios entre sí, de lo cual resulta a veces difícil demarcar en aquellos jóvenes las fronteras de las tendencias que por entonces polarizaban a los espíritus cultos de Europa; y ello se hace aun más complicado tratándose de Sarmiento, cuya potencia creadora rebasa la rigidez de los principios y las disciplinas filosóficas.

Destaquemos algunos de los hechos y circunstancias que dan al año 1842 una significación singular en la evolución cultural de Chile.

En ese año se funda la Universidad de Chile, cuyo rectorado prestigió hasta su muerte la sapiencia enciclopédica de don Andrés Bello, espíritu clasista por excelencia, apegado a las normas jurídicas y gramaticales, a pesar de sus concesiones al romanticismo con sus traducciones de versos de Víctor Hugo.

En ese mismo año abre sus puertas la Escuela Normal de Preceptores, siendo Domingo Faustino Sarmiento su primer director. En 1842 aparecen las siguientes revistas: «La Revista de Valparaíso», dirigida por Vicente Fidel López; «El Museo de ambas Américas», en el mismo puerto, fundada por el colombiano Juan García del Río, y «El semanario de Santiago», que es la primera propiamente literaria que aparece en el país y en la cual colaboran numerosos jóvenes que pronto tendrían situaciones eminentes en las letras y en la política.

En 1842 se organiza la Sociedad Literaria y don José Victorino Lastarria, al tomar posesión del cargo

de director de esa sociedad, le señala sus rumbos en un interesante discurso pronunciado el 3 de mayo de ese año. El discurso de Lastarria es una incitación a los escritores para que se inspiren en la realidad nacional, en la vida del país, en su naturaleza, a que no imiten, sin que por eso dejen de conocer a los grandes maestros y conserven en la forma el verbo rotundo y armonioso que nos legó Castilla.

El 28 de agosto de 1842, Carlos Bello, hijo de don Andrés, estrena «Los amores del poeta», primera expresión dramática del romanticismo en Chile. También en 1842, el 9 de octubre, Rafael Minvielle estrena «Ernesto», drama de tesis, que, como el anterior, es recibido por el público con frenéticos aplausos.

Con motivo de la celebración de las fiestas nacionales de 1842, la Sociedad Literaria llama a concurso a los escritores para que presenten trabajos alusivos a esa festividad. Triunfan Santiago Lindsay en poesía y Juan Bello en prosa.

En fin, en 1842 se suscitan varias polémicas, entre las cuales la más importante y de mayor resonancia es la habida con motivo de un estudio—ensayo, diríamos hoy—de Vicente Fidel López, publicado en «La revista de Valparaíso» con el título «Clasicismo y Romanticismo». Salvador Sanfuentes y José Joaquín Vallejo (Jotabeche) impugnan el estudio de López, suscitándose entre aquéllos y los emigrados argentinos, pues Sarmiento también interviene, una interesante polémica que apasiona a los hombres cultos de esa época.

A pesar de que han transcurrido más de cien años de estos acontecimientos, su interés no ha desaparecido, pues aun permanecen vigentes los conceptos que entonces se discutían, como sucede con «romanticismo y clasicismo», «aventura y orden», que diría el crítico español Guillermo de Torre; antinomia subsistente en los términos planteados por los polemistas de 1842, aun cuando hoy se los mira a través de la sensibilidad del hombre contemporáneo.

En la discriminación de los conceptos «romanticismo» y «clasicismo» hay actualmente un punto de vista más amplio y una mayor gama de aspectos; pero siempre admiraremos la pasión, que degeneró hasta la diatriba, con que los clarividentes espíritus de una etapa auroral del pensamiento americano pusieron en un asunto que, a pesar de su interés meramente especulativo, trascendía en sus proyecciones hasta los campos de la política, la historia y la filosofía.

Al enfocar esta polémica sobre «romanticismo» y «clasicismo» desde el ángulo de nuestra sensibilidad, esquematizaremos los conceptos fundamentales que tanto apasionaron a varones ilustres ya por esa época y que con el correr de los años honrarían a sus respectivas patrias desde altas dignidades ciudadanas y sus nombres pasarían, inmortalizados, a la posteridad.

Los historiadores literarios han llamado polémica a este intercambio de artículos, y si hemos aceptado esta denominación ha sido por seguir la tradición, porque, en realidad, no fué ello propiamente una polémica. La

posición que adoptaron los contrincantes fué desigual, y aun nos atreveríamos a decir que la intención de los chilenos no fué la de polemizar, sino la de hacer algunos reparos u objeciones a las ideas de Vicente Fidel López, pues los chilenos sólo se limitaron a exponer sus propias opiniones sobre el romanticismo, sin rebatir las ideas fundamentales expuestas por los argentinos. Estos adoptaron una actitud beligerante, que por lo demás, estaba muy de acuerdo con su formación intelectual de luchadores, forjados en la guerrilla política.

Hoy tenemos una concepción más amplia del romanticismo que la expuesta por los polemizadores, aun cuando en lo esencial se coincide con lo que entonces expusieron López y Sarmiento. Por eso estamos más cerca de éstos que de Sanfuentes y Jotabeche. Algunas de las ideas expuestas por López cobran extraordinaria vigencia. Tenía éste un claro concepto utilitario de la literatura; aun podríamos decir que para él la literatura tenía una función social, idea que más tarde habría de sostener y fundamentar brillantemente Guyau. «La crítica de hoy—escribía López—no se cuida ya tanto de saber si una obra es bella, cuanto de resolver si puede ser bella sin ser útil a la humanidad; se pretende, pues, y con razón, humanizar la poesía y despojarla de sus pretensiones aristocráticas y divinos atavíos, para que no sólo sea el néctar servido en los festines del olimpo y de los héroes, sino también el pan de los pueblos y uno de los instrumentos del progreso que ellos reclaman con pleno derecho». En una pala-

bra, pedía López un arte social al servicio de la democracia y el progreso, idea entonces en boga y que era una prolongación del espíritu de la Enciclopedia que aun dominaba en esa época.

Esta finalidad interesada del arte está en completo divorcio con el arte espontáneo y subjetivo que proclamaba el romanticismo, que sólo exige del escritor la libre expresión de sus vivencias.

Un arte con la clara intención utilitaria como el propugnado por López, limita y amengua el sentido auténticamente estético que debe poseer toda obra artística. Las características que López da del romanticismo son incompletas, pues omite aquéllas que le dan un sentido más amplio y profundo, no sólo literario, sino también humano. Se limita a determinar el sentido etimológico del romanticismo. «Esta calificación de romántica—describe—quiere decir literatura de los idiomas romances; ya signifique caballeresca y feudal, ideal y grotesca, expresión de virtudes y hechos atrevidos».

Al artículo de López, aparecido en mayo de 1842, en el N.º 4 de «La Revista de Valparaíso», respondió Salvador Sanfuentes con un artículo titulado «Romanticismo», publicado en el N.º 2, de 21 de julio del mismo año, en «El Semanario de Santiago». No ahonda Sanfuentes en el sentido del romanticismo; soslaya, podríamos decir, el tema en discusión y, con gran ponderación, sólo se limita a censurar las exageraciones románticas, especialmente en los que han seguido a

esta escuela por simple moda. Se advierte en Sanfuentes un temperamento sereno, equilibrado, para quien la obra de arte debe regirse por la razón. «La razón y la buena filosofía—escribe Sanfuentes—esas supremas reguladoras del pensamiento, serán sus únicas legisladoras; y entonces nosotros, sobre la tumba del romanticismo pondremos este epitafio: «Fuiste el nuevo cometa del siglo XIX. Amenazaste a los hombres con un estrago horroroso, diste de qué hablar y en qué devanarse los sesos a todas las naciones del universo. Pero de repente desapareciste sin que nadie hubiese podido comprenderte, y dejando en paz al mundo, ¡oh, fantástico romanticismo!». En realidad, Sanfuentes no entendía por esa época lo que era romanticismo. Su categórico epitafio sólo indica limitación y falta de visión: el romanticismo no estaba muerto y muy lozano resurgió poco después en España con José Zorrilla y mejor todavía con Gustavo Adolfo Bécquer.

José Joaquín Vallejo, que popularizó el pseudónimo «Jotabeche», sale también a la palestra en «El Mercurio» de Valparaíso con «Carta de Jotabeche a un amigo de Santiago». Mientras Sanfuentes adoptaba una actitud grave y trascendental, Jotabeche se mofa del artículo de López, en particular sobre su redacción, y termina preguntándole al destinatario de su carta: «Avísame si el castellano en que está escrito, es el castellano que nosotros hablamos, o es otro castellano recién hablado, porque juro a Dios que aquí no hemos podi-

do meterle el diente, aunque al efecto se hizo junta de lenguaraces».

López replica a sus contrincantes en tono medido y haciendo acopio de erudición para llevar el convencimiento a quienes no participan de sus ideas sobre el romanticismo. Insiste en sus apreciaciones sobre este movimiento literario, reconociendo sus limitaciones. Los artículos de López son seis y aparecieron en «La gaceta del comercio», de Valparaíso, en los meses de julio y agosto de 1942.

Sarmiento también interviene en la polémica, lo hace con pasión combativa, que en ningún caso oscurece su pensamiento; antes por el contrario pone fuego y rotundidad allí donde los conceptos, como en los artículos de López, se esfuma en un estilo difuso y un tanto pedantesco. En el mes de julio y agosto de ese año publica Sarmiento sus artículos en «El Mercurio». Se limita en ellos a ratificar, aclarar y ampliar los conceptos de su compatriota. Es curiosa la actitud de Sarmiento, pues él, en carta dirigida a Lastarria, confiesa su ninguna afición al romanticismo. «Tenía demasiada salud para afiliarse a esa escuela y aun recuerda que se había reído de ella en la Nona Sangrienta, pero en Chile creyó necesario discutirla, para neutralizar la cohesión de la inercia. Un país sin poetas no era posible. En cambio, en Argentina, sin gramáticos ilustres como Bello y Mora, los literatos habían escrito más versos «que lágrimas había hecho derramar el despotismo», había declarado matando dos pájaros de un

tiro» (Tomás Lago: «Sobre el romanticismo». Santiago, 1942).

Lo que entusiasmó más a Sarmiento fué la proyección que en la política tuvo el romanticismo, y sus ideas fundamentales sobre esa tendencia literaria son aquellas que tienen relación con la vida ciudadana. No son muy claros los conceptos de Sarmiento sobre sistemas políticos. Así, hace una confusión entre liberalismo (romanticismo en política) y socialismo (por su esencia antirromántico). Dice, entre otras cosas, que «el romanticismo era, pues, una verdadera insurrección literaria como las políticas que le han precedido: Ha destruído todas las antiguas barreras que se creían inamovibles, lo ha revuelto y destruído todo. Pero no construyó nada tampoco, y desapareció el día que concluyó su tarea. ¿Quién le ha sucedido en el lugar que dejó desamparado? ¿Quién aspira a sucederle? El socialismo, es decir, la necesidad de hacer concurrir la ciencia, el arte y la política al único fin de mejorar la suerte de los pueblos, de favorecer las tendencias liberales (subrayamos nosotros), de combatir las preocupaciones retrógradas, de rehabilitar al pueblo, al mulato y a todos los que sufren». Hay en estas palabras de Sarmiento una confusión entre socialismo y liberalismo, que desde el punto de vista de la doctrina pura es inaceptable. Sarmiento, al considerar difunto al romanticismo, no se daba cuenta de que continuaba viviendo en él, porque su temperamento era típicamente romántico.

Sanfuentes replica a Sarmiento desde el «Semana-rio» de Santiago con un artículo jocoso, «Polvos anti-biliosos y purgativos para «El Mercurio» de Valparaíso», y con otro a López titulado «Una advertencia a La Gaceta...» Por último, Sarmiento, desde las columnas de «El Mercurio» de Valparaíso, pide moderación, que no se empleen términos hirientes y mucho respeto por las ideas.

La significación más trascendental que tuvieron las actitudes polémicas de López y de Sarmiento es la de que ambos se rebelaron contra el clasicismo de don Andrés Bello de imponer los rigores de la gramática y de la preceptiva. No obstante, López no abominaba del todo de la gramática ni de la retórica; las consideraba como simples legisladoras que vienen a formular leyes literarias e idiomáticas deducidas de las obras geniales. Revela López poseer bastante información literaria, no escasa cultura y amplitud para enfocar aspectos fundamentales de la vida. Sin duda más audaz en sus conceptos y más enérgico en su expresión es Sarmiento. Da éste al romanticismo, como hemos visto, un sentido temporal limitadísimo, y afirma que destruyó todo, que no dejó nada y que, terminada su labor demoledora ha desaparecido, para ser reemplazado por lo que él entiende por socialismo. Las expresiones e ideas de Sarmiento brillan con lampos geniales. Sanfuentes y Jotabeche aparecen pacatos y discretos frente a las concepciones de los emigrados argentinos. La posición de los chilenos es la de los clasicistas entra-

bados por las normas y disciplinas intelectuales. Europeizados. En cambio, en los argentinos, especialmente en Sarmiento, vibra el alma tempestuosa y libérrima de América, de esta América nuestra que aun vive en un clima de inquietud política e intelectual, como en una búsqueda incesante por encontrar su propia fisonomía y la expresión que sea el trasunto de su auténtica personalidad.